

HÁBITOS DE SUEÑO / Sylvia Aguilar Zéleny

*Nothing has changed.
The body is susceptible to pain...*
Wisława Szymborska

A su madre le parecía tierno encontrar a Evelyn dormida en un rincón de la casa, tras el sillón, bajo el escritorio, bajo la cama, en el clóset. Existen aún dos fotos que son testimonio de sus siestas: Evelyn hecha bolita bajo el grifo del baño, Evelyn hecha bolita tras la máquina de coser de la abuela. Evelyn tras ese o aquel sillón. “Se ve tan tierna”, repetía siempre su mamá.

Al principio, por supuesto, se reprendía a la niña por no pasar la noche entera en su cuarto, después se hizo costumbre averiguar dónde estaba dormida la menor de la familia. “Y ahora, ¿dónde estará?” La familia recorría la casa y era Roberto, su hermano, quien siempre la encontraba. “Aquí, aquí”, y luego venían las preguntas “¿por qué duermes ahí?” y ella movía los hombros como señal firme de “no sé”. Roberto, cuatro años mayor, respondía por ella “es que está loca”. Y sí, parecía una locura abandonar la cama en medio de la noche y, sin importar el frío, los pasillos, las sombras, las infinitas posibilidades de las sombras, para dormir donde sea.

En las reuniones esas en que las familias comparten los secretos más íntimos, los detalles más graciosos, las experiencias más memorables, los padres de Evelyn repetían, en distinto modo y en distinto tono, pero siempre con el mismo objetivo, la manía de su hija: “¡Una vez la encontramos dentro de la regadera!”. Las risas no se hacían esperar. Un rincón siempre superaba al otro, un rincón era más gracioso que el otro. Un rincón era más rincón que otro.

Platicar esos hábitos de sueño forma parte esencial de la memoria familiar. Aún ahora, cuando el tiempo ha moldeado rostros adultos en los hijos y dibujado arrugas en los padres, la anécdota se repite cada navidad. Sus padres siguen encontrándolo gracioso. Roberto sigue diciendo: “es que estaba loca”.

Pero Evelyn no estaba loca. Dormir fuera de cama no era una manía. Ni un juego de escondidas. Evelyn buscaba un lugar lejos, un lugar cualquiera, un lugar que hiciera distancia entre su cuerpo y la mano que la torturaba una y otra vez. Eso, Evelyn nunca lo encontró tierno.

*A la mano dale goce,
coge la dona mala*

LAS RAYAS DE LA CEBRA / Leticia Damm

Patrones caprichosos nunca idénticos son las huellas digitales del paisaje.

Envuelven amorosas a las ancas abanicos que inician en el lomo para ir a borrarse en la barriga o tras una maroma horizontales a las piernas ceñirse.

Junto al hocico trazan muecas y rombos en la frente.

Se abrazan al cuello y perfilan de tinta china las orejas para luego trepar por cortas crines erizadas y fusionarse en una sola gruesa y renegrida que recorre la espina hasta en la cola con otra voltereta desgajarse en anillos sucesivos.

¿Qué objeto tienen las hipnóticas rayas de la cebra códigos de barras brochazos psicodélicos sobre lienzos ocre y esmeralda?

¿Pentagramas para el músico?

¿Cuadernos para el poeta?



FUN(DA)CIÓN DE LA MIRADA III / Alexis Gómez Rosa

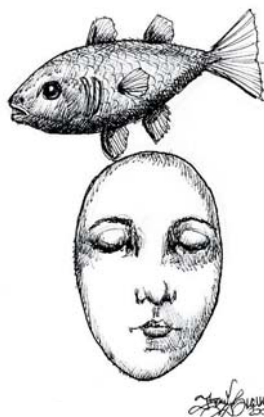
Escribir como vaciar el ojo. Leer hasta dejar el ojo. Mirar, más allá del ojo: que te devuelvan la vista los espejuelos.

A tu perro corre puta

LAS ALMAS RECRUDECEN... / Julio César Félix

Las almas recrudescen escépticas de ellas mismas naufragando en el hedor de sus miserias; atravesemos el río nihilista cantando con la fuerza del trueno y otra vez la luz del relámpago; inventemos y reinventemos al amor fundemos ciudades de música ciudades de viento.

Todo viene a inscribirse en el recuerdo que evoca, en su alegoría silenciosa, al espíritu que despierta y que no volverá a dormir.



A la rusa rasúrala

*A la mona mimosa
paso mi mano mala*



CAVILACIONES / Orlando Rossardi

Los ríos de este mundo están más muertos que mi abuela. Los mató la gente, ¡y nadie la persigue!

Las calles de este mundo están tan afiladas... tan llenas de cuchillos. Los clava el tiempo, ¡y nadie le encierra!

Los pobres de este mundo están tan solos que fusila el alma. ¡Y nadie les conserva!

Y yo, por este mundo, voy echando mis poemas que a ninguno importan. ¡Y nadie los para!

Y tú andas por ahí, saltando, tan muerta que da miedo. ¡Y nadie te detiene!

EL DÍA DE LA ESCRITURA AUTOMÁTICA / Luis Valdez

Había tantas cosas pendientes por escribir, que apoyados en ese decreto municipal, los ciudadanos nos dimos de la tarea de dejar de hablar y escribirlo todo a como fuera saliendo.

Dejamos de escribir en las paredes para aprovechar los techos, el papel de baño, los lomos de los perros, los retretes, los cuellos de las quinceañeras y los tobillos de maestras de kindergarten.

El alcalde huyó despavorido al ver la cantidad de personas que deseaban escribir en la espalda de su traje italiano; un anciano en la plaza dijo: Si un ángel descendiera del cielo, seguramente estos cabrones le garabateaban las nalgas; y el sacerdote de la Basílica declaró en su sermón: Alguien de ustedes rayó mis sotanas.

Al final del día el conductor del noticiero, con una mejilla teñida de rojo por su hija de cinco años, informó que las autoridades habían decidido cancelar futuros festejos para esta fecha, y a quien fuera sorprendido portando una pluma, lápiz o pincel en vía pública, se le consignaría a la comandancia de policía inmediatamente, por el delito de libertinaje tipográfico y abuso de confianza de espacios públicos.

Todavía un grupo de artistas se atrevieron a proponer un Día de Dadaísmo, pero días después desaparecieron de la faz de la tierra.

A dama, Manuela, dale una mamada

EL ESPÍA / Ma. Teresa Martínez Castillo

*“EL GRAN HERMANO TE VIGILA,
Decían las palabras al pie.”
George Orwell*

el cine muestra sus dientes plegadizos con saña intermitente una de las caries -húmeda plasta que se pudre con palomitas de maíz y una cámara portátil- nos vigila nos vigila nos vigila

la música comercial golpea las paredes con su desesperación estática nuestros oídos sudan el futuro con tristeza termina la función y mudos nos enfilamos al preámbulo del miedo.

MAPAS / Vivimarie VanderPoorten

Perdida en el viaje confuso hacia la madurez no había mapas para mostrarle el camino sólo una maraña de rutas sin letreros encrucijadas sin flechas. Sin mapa ella tomó la ruta que le pareció familiar, que parecía ser la correcta— “Cásate con un buen hombre que te cuide”.

Ahora, abusada y vieja a los veintiséis años

le pregunta al adivino arrugado, el profeta de futuros, vidente de destinos, qué ve en los callos de su palma: Dice con un suspiro:

“Hay tantas líneas, tienes muchas preocupaciones— y demasiadas penas del corazón... Estas líneas son calles en una ciudad sin mapas.”

TRADUCCIÓN: INDRAN AMIRTHANAYAGAM

